

de la riqueza urbana. Sin embargo, la urbe en sí misma, con su bullente devenir transformador, carecía de expresión propia. La genuina música de esa urbe, el tango, balbuceaba un horizonte de palabras, una manera —aún inexperta— de contar sus propias, cotidianas, hondas historias. Por ahí andaba Villoldo..., algunos anónimos copleros, autores de sainete que acoplaron temas a los tangos. Letras que sin llegar a convencer definitivamente, iban de labios en oídos, de punta a punta, preludiando la gran novedad que se reclamaba de una vez.

Se observan en el dúo Gardel-Razzano desarrollos diferenciados que al final serían divergentes. Carlos Gardel aparece tentado de buscar la expresión artística que planteaba y deseaba aquella nueva entidad histórico-social; y, evidentemente, a pesar de la enconada resistencia que opusieron los sectores oficiales y tradicionalistas, estaba a todas luces en el tango. Música y danza que ya representaban, ante propios y extraños, un perfil genuino, inédito y diferenciador de la nueva cultura rioplatense. No tenía letra definitiva, pero ya se trabajaba en tal sentido.

En 1917 Pascual Contursi, un vate popular a caballo entre la tradición payadoresca y las exigencias de la urbe moderna expresada en el tango, fue quien dio con la forma letrística justa. No fue sobresaliente compositor musical, antes bien fue un poeta popular —además de autor teatral— que utilizó la música de tangos ya elaborada. Carlos Gardel, en reuniones de amigos, en cafetines y cabarets de Buenos Aires y Montevideo, conoció la letra que Pascual Contursi —también zapatero y anarquista— había escrito para el tango «Lita» del músico Samuel Castriota. Contursi lo entonaba con convicción pero sin demasiada calidad interpretativa. Parece que José Razzano era renuente a incluirlo en el repertorio del dúo. Era que Pascual Contursi se asomó como contrariando en su letra el paulatino adcentamiento que ya pugnaba en el tango. Hace abierto uso del lunfardo, esa jerga del arrabal, y narra una historia de amor entre personajes que no son otros que los mismos actores de la forja del tango.

Percanta que me amuraste  
en lo mejor de mi vida.  
(...)  
Y si vieras la catrera  
cómo se ponde cabrera  
cuando no nos ve a los dos.  
(...)  
Y la lámpara del cuarto  
también tu ausencia ha sentido  
porque su luz no ha querido  
mi noche triste alumbrar.

Con esta letra Carlos Gardel, sobre música del tango *Lita*, construyó una obra nueva para la que propuso, convenciendo a músico y letrista, el título *Mi noche triste*. Lo estrenó como solista en el canto, acompañado en guitarra por José Ricardo. El éxito fue espontáneo. De súbito había encontrado la forma definitiva del tango-canción, pautándolo para siempre. Hay en la primera grabación de 1918 un sesgo de prisa al cantarlo, se nota quizá demasiado brillo en la voz de Gardel; pero sobre ese mismo molde trabajaría sus

copiosas interpretaciones del tango-canción... y la impecable versión posterior de *Mi noche triste* de 1930.

Continuó cantando a dúo con Razzano temas criollos; es más, hasta la última época de su vida perseveró con zambas, estilos y tonadas. Sin embargo, desde aquella creación arquetípica en 1917, se sucederá la inclusión cada vez más proliferante de tangos, siempre sólo, con acompañamiento de mejores guitarras e incluso de orquesta.

No puede entenderse el tango-canción fuera de este alumbramiento. Carlos Gardel introdujo en el tango el valor definitivo de la palabra; canta imponiendo en las inflexiones de la voz el drama narrado en el poema, une letra y música en una forma auroral y futura, encuentra el tono que inexorablemente deberán consultar todos los cantantes de tango.

A cuenta de inventario y de arqueología para nosotros, aunque es seguro que no para el protagonista, fue también en 1917 cuando Carlos Gardel actuó en su primera película muda del cine argentino: *Flor de durazno*. Para sorpresa de acólitos y desinformados, allí aparece un Carlos Gardel que pesa 118 kilos, (para 1,71 metros de estatura). Y, obviamente, con «pesados», sobreactuados gestos de inexperto, imposible actor. Hechos que importan a la historiografía, y fueron el trepidante toque de alerta para el cantor. Comprobó que desconcertantes golpes de la suerte en su carrera (intentó abandonar repetidas veces la filmación), le iban grandes. Aparte de proponerse el arduo trabajo de mejorar su probable condición actoral, juzgó imprescindible bajar de peso. Tenía contras demolidoras: era gran comedor y bebedor. Sin embargo —hijo del rigor y de prometeico destino—, con agotadoras horas de gimnasia, abrasadores baños turcos, y golpes de toalla mojada, logró aquellos bien parecidos 75 kilos con que se lo ve en fotografías y películas. No por el camino de la privación y el ascetismo, sino antes, el de pujar unos excesos con otros.

Mientras tanto... más tangos en su repertorio. Y la carrera de solista que iba cobrando relevante impulso. En 1922 el dúo grabó sesenta y cinco piezas; de ellas en sólo diez se oye la voz de Razzano. Tras el éxito de primer tango-canción pulularon los letristas y compositores para la nueva modalidad que había modificado su partitura, transformándose en «cantable». Carlos Gardel estrenó e instauró los frutos de aquella abundante cornucopia. Cuentan diversos testigos que muchos temas grabados por Gardel significaron «ganchadas», gestos de prodigalidad con amigos que «andaban en la mala». Aunque hay que apuntarlo, el cantor se reservó siempre condición de demiurgo: alteró letras, exclamaciones, hasta sentidos, según su inspiración general o repentina. Dramatizaba en su manera de cantar, se posesionaba, volvía gardeliano el tema, muchas veces sin consultar a los autores.

Mientras tanto... lejos de reduccionismos «sociológicos», Carlos Gardel cantaba para el numeroso público de los teatros populares como para las restringidas salas de los adinerados. En muchos casos, de una función a otra con sólo el tiempo para cambiarse de traje. Y se adineraba él: la fama, los discos... y a la vez que era generoso en el gastar, tenía la desenfrenada pasión por las carreras de caballos. Los «lujos camperos» fueron urbanizados en el hipódromo; sus tangos compuestos o arreglados a partir de este tema